

# PERIODISMO Y TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA EN MÉXICO

Por: Héctor Ceballos Garibay

La matanza de Tlatelolco, como es sabido, constituyó un parteaguas en la historia del México contemporáneo. Infinidad de aspectos sociopolíticos cambiaron a partir de entonces, y la derrota del movimiento estudiantil se convirtió, paradójicamente, en una victoria de las fuerzas progresistas, sobre todo porque a raíz de ese funesto acontecimiento el sistema político mexicano comenzó su lento peregrinaje hacia la paulatina democratización del régimen.

En efecto, al asumir el poder presidencial a fines de 1970, Luis Echeverría anunció una sorpresa política de “apertura democrática” con la cual intentó marcar una radical diferenciación entre su gobierno y ese acendrado autoritarismo presidencialista que prevaleció de manera avasalladora durante las tres décadas precedentes. Asimismo, a fin de cerrar las heridas dejadas por el 68 y con el propósito de paliar los crecientes descontentos sociales de la población, el Presidente propaló una retórica populista y tercermundista que, salvo en el caso de algunos intelectuales aislados, no tuvo entre el grueso de la gente mayor credibilidad ni alcanzó los éxitos políticos anhelados. Esta ineficiencia gubernamental quedó demostrada en diversos sucesos desestabilizadores, tales como: los numerosos conflictos de la clase política con la iniciativa privada (liderada por la cúpula empresarial regiomontana), la “guerra sucia” en contra de los movimientos guerrilleros urbanos y rurales (recuérdese los levantamientos armados de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas), la represión a los jóvenes el 10 de junio de 1971 y la combativa insurgencia sindical (particularmente los electricistas y universitarios) a lo largo del sexenio.

Así las cosas, la ampliación de los derechos democráticos y la expansión de las libertades ciudadanas no fueron obra y gracia de los sucesivos gobiernos que ejercieron el poder entre 1970 y el 2000, sino que, fundamentalmente, estas conquistas se lograron como fruto de las luchas sucesivas y convergentes

de los movimientos sociales contestatarios, los partidos políticos de oposición, los intelectuales independientes y, muy particularmente, el periodismo crítico.

El notable papel desempeñado por el *cuarto poder* a efecto de tener una sociedad más libre y plural, actitud valiente capaz de horadar poco a poco el solipsismo presidencialista y sus muchos tentáculos censores y represores, tuvo uno de sus mejores ejemplos en el valioso testimonio dejado por las páginas editoriales de *Excélsior*, donde día con día un grupo de notables intelectuales nos legaron su puntual y denodada crítica de las lacras que agraviaban y carcomían la vida social y política de aquella época. Y a tal grado le fue molesto al sistema político y al propio Presidente este periodismo punzante y acerbo, dirigido con enorme tino por Julio Scherer y en el cual descollaban las plumas de Gastón García Cantú, Heberto Castillo, Daniel Cosío Villegas, Abel Quezada, etc., que el propio Luis Echeverría, poco antes de concluir su mandato, cometió la torpeza de tramar el pinochetazo en contra del órgano informativo más importante del país. Para colmo de males, este golpe a la libertad de expresión también condujo a la desaparición de la revista *Plural* (encabezada por Octavio Paz) y del suplemento “Diorama de la cultura”, pues los redactores de ambas filiales de *Excélsior* se negaron a convertirse en cómplices de la infamia montada desde la Presidencia.

El sexenio del López Portillo (1976-1982) tuvo, gracias a la iniciativa del secretario de Gobernación Jesús Reyes Heróles, un punto descollante: la reforma política. Se trató, sin duda, de un proyecto de gran envergadura mediante el cual se concedieron mayores espacios de intermediación y representación a los partidos políticos de oposición. No obstante estos avances, el sistema político mantuvo su hegemonía y omnipotencia de siempre auxiliado por esa triada eficientísima representada por el partido de Estado, el corporativismo y el presidencialismo absolutista. En estas condiciones tan disparejas, nuevamente tuvo que ser la prensa escrita la que salió a la palestra a ofrecer su tenaz lucha en pos de conseguir avances significativos en el proceso de concientización y movilización de la sociedad civil,

la cual, por su parte, se encargaría de presionar al gobierno a fin de forzarlo a respetar y ampliar la legalidad democrática.

Tal como era de esperarse, el florecimiento de un periodismo cada día más crítico, objetivo, riguroso e independiente se tradujo no sólo en el enriquecimiento informativo y cultural de los lectores, sino que, sobre todo, se convirtió en una eficaz forma de *contrapoder* y defensa tanto de los individuos como de la sociedad civil frente a esa maquinaria política gubernamental acostumbrada a imponer autoritariamente su voluntad opresiva. Y fue precisamente debido a este esfuerzo por conseguir y exigir mayores garantías y libertades democráticas que de inmediato comenzaron a proliferar nuevas revistas, periódicos y suplementos, todas ellas expresiones y manifestaciones escritas de una comunidad activa y pensante, sin cuya existencia hubiera sido inconcebible la progresiva democratización que hoy en día caracteriza a la sociedad mexicana. Encabezados por la imprescindible revista *Proceso*, el nuevo periodismo crítico y cultural que emergió a fines de los años 70 y principios de los 80 adquirió nombres concretos y emblemáticos: *Uno más Uno*, *La Jornada*, *Vuelta*, *Nexos* y un largo etcétera, todos ellos, ya fuera en provincia o en la capital, se convirtieron en medios impresos o bien en plataformas culturales que poco a poco fueron ensanchando y fortaleciendo el derecho de los ciudadanos a la información, amén de establecer en este país la sana costumbre que presupone el ejercicio cotidiano de la *crítica argumentada* en contra de los poderes institucionales, incluido el mismísimo Presidente, quien en tiempos no muy lejanos aparecía a los ojos de los ciudadanos como una figura sacrosanta e intocable.

No sólo debe subrayarse la función de la crítica diaria a la seudodemocracia del sistema político como una de las tareas más encomiables del periodismo mexicano, también resulta imprescindible ponderar el papel crucial jugado por los suplementos culturales y las revistas literarias y artísticas a la tarea de incrementar el acervo informativo y estético de una población cada vez más alerta y participativa. Y formando parte de esta labor de combatir el chovinismo patriotero (la “cortina del

nopal”) y de promover el pensamiento moderno y las obras maestras legadas por las vanguardias artísticas en todo el mundo, existe una larga y noble tradición que se remonta a la *Revista Moderna*, pasa por *Los Contemporáneos* y alcanza uno de sus mejores momentos en los dos suplementos de la revista *Siempre*: “México en la cultura” y “La cultura en México”, los cuales, ya fuera en la época de Fernando Benítez o en la de Carlos Monsiváis, agruparon a escritores y artistas talentosos que supieron fomentar en los lectores una concepción del mundo sustentada en el pluralismo y en la reivindicación de los valores estéticos universales, sin que esto último implicara renunciar al rescate de la riqueza de nuestra propia tradición cultural.

Durante la larga travesía neoliberal, es decir, en el transcurso de los sexenios de Miguel de la Madrid (1982-1988), Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) y Ernesto Zedillo (1994-2000), el país experimentó una profunda transformación social y política. De las diversas variables positivas y negativas que se derivaron de esta “modernización autoritaria”, sobresalen dos aspectos de primer orden. Por un lado, a tono con el modelo monetarista practicado por el FMI y el BM, México comenzó su progresiva integración a la lógica de la globalización económica, ese paradigma unificador que se puso en boga en los años 80 (bajo la batuta de los gobiernos neoconservadores de Reagan, Thatcher, Kohl, etc.), y cuyas directrices más sonadas en nuestro entorno particular fueron: la privatización de las empresas públicas, el saneamiento presupuestal, la reducción del circulante monetario, la integración al mercado norteamericano (TLC), el control de la inflación y la contención salarial.

Por el otro lado, debe subrayarse que estos ajustes macroeconómicos neoliberales en muy contados casos arrojaron consecuencias benignas de largo plazo para las grandes mayorías de la nación, las cuales continuaron padeciendo una situación degradante caracterizada por el debilitamiento del mercado interno, el aumento de los índices de pobreza, el incremento del desempleo, y el deterioro acelerado de la educación, la salud, la vivienda, el acceso a la cultura y la conservación ecológica del país.

El fracaso de las políticas pública a lo largo de los últimos 30 años, sobre todo en lo concerniente a la búsqueda de un desarrollo económico que beneficie al grueso de la población, tuvo su contrapartida en el avance espectacular de las luchas y movilizaciones de la sociedad civil y de las Organizaciones No Gubernamentales durante ese mismo lapso. Efectivamente, la modernización económica brutal y vertiginosa también se convirtió en un inusitado caldo de cultivo para propiciar y acelerar la transformación democrática del país. Por tal motivo, puede decirse que detrás de las reformas electorales, del surgimiento de un IFE independiente y confiable, de la conquista de la alternancia política, la consecución de un mayor equilibrio entre los poderes del Estado (Legislativo, Ejecutivo y Judicial), el actual fortalecimiento de los municipios y los estados, etc., se encuentra por fortuna la presencia vigorosa de una *revuelta democrática* de enorme trascendencia para la historia contemporánea de este país.

Un punto axial de esta “revolución pacífica” lo constituyó la formación del Frente Nacional Democrático en 1988, pero son muchos y muy variados los caminos y las expresiones que finalmente convergieron en la conquista de una sociedad más democrática al iniciarse el siglo XXI. Pienso, por ejemplo, en las luchas de los ecologistas, de las feministas, de los homosexuales, de los neozapatistas, etc.; me refiero también a las demandas enarboladas por las Organizaciones No Gubernamentales, sobre todo aquellas dedicadas a la vigilancia electoral y las que enarbolan el respeto a los derechos humanos; y aludo asimismo a las reivindicaciones sociales y políticas de los propios partidos, los sindicatos democráticos, los intelectuales progresistas, los medios de comunicación de masas, etc., quienes actualmente conciben a la pluralidad política y a la diversidad cultural (raza, etnia, religión, ideología) como parte consustancial de una realidad nacional que nos enriquece a todos y en todos sentidos, y con la cual debemos construir una convivencia más tolerante y democrática.

Es precisamente gracias a este contexto de luchas y movilizaciones, de críticas y denuncias, de ruptura de inercias y rebeldía, que hoy en día tenemos, entre otros logros, no aquel *círculo vicioso* de

autoritarismo y manipulación social que caracterizó al viejo régimen, sino un *circulo virtuoso* entre la sociedad civil (más alerta y crítica) y un periodismo audaz, objetivo y crítico. Por fortuna, ahora no sólo sobresale la combatividad de un periodismo escrito y en sana competencia (*Reforma, El Universal, Milenio, La Jornada, El Financiero*, etc., amén de los imprescindibles diarios y semanarios de provincia y las revistas y suplementos culturales), sino que también existe un periodismo radiofónico y televisivo cada día más incisivo e influyente en todo el país, el cual genera información y contribuye tanto a la concientización política como al enriquecimiento cultural de los ciudadanos. Y únicamente si se fortalecen estos dos elementos, la participación ciudadana y la conciencia crítica, la naciente democracia mexicana comenzará a rendir sus mejores frutos.

Sés Jarhani, Uruapan, Mich., a 2 de septiembre del 2000.